

Que nunca te corten las alas

4 de julio de 2014: España regula el uso de los drones de forma temporal. El Real Decreto ley 8/2014 estipula que es necesario poseer una licencia para pilotar drones.

Arantza agarró con fuerza la tablet y cerró la ventana del navegador que anunciaba su vuelta obligatoria a las aulas. Solo hacía tres meses que tenía a su dron, ese pequeño robot volador que le había regalado su padre y que le había ayudado a reflotar su productora. Y ahora aquel titular estrellaba de golpe todo lo que había conseguido. Sin embargo, ella sabía que la caja negra de aquel incidente era su salvavidas. Debía apuntarse a uno de los cursos oficiales y sacar el título de piloto de drones.

Su padre era un *geek* y siempre andaba trasteando con aparatos que iba comprando a través de Internet. Un día vio que en Amazon había una oferta de un dron con la siguiente descripción: Ideal para colocar una cámara y grabar imágenes impactantes. Al momento se acordó de Arantza y la cara con la que le había contado el día anterior que llevaba meses sin hacer un trabajo y que la situación empezaba a ser insostenible. Las deudas de la productora que había montado con tanto esfuerzo se acumulaban y con mucha pena estaba a punto de tirar la toalla. Sin pensárselo dos veces, introdujo su clave de PayPal y lo compró. ¡Este año el regalo de cumple de Arantza va a llegar con adelanto! —pensó mientras rellenaba la casilla de “mensaje personalizado”.— Espero que este cacharro le dé trabajo y pueda seguir con su negocio.

Una semana después el paquete de Amazon llegó a la oficina de Arantza. Lo abrió y vio una nota con el siguiente texto: Cariño, para que puedas seguir volando. Que nunca te corten las alas, por muy feas que se pongan las cosas. Un beso, aita.

Una vez más era su padre el que salía en su rescate. Siempre estaba ahí para apoyarla de un modo incondicional y sin juzgarla por las decisiones, acertadas o no que iba tomando. Todavía recuerda aquel día que dijo en casa que iba a montar su propia productora y su padre sin dudarle, le contestó:

—Arantza, yo creo en ti y sé cuánto vales. Dime cuánto necesitas que yo financie tu aventura. Eso sí, cuando seas una reconocida directora de cine, ¡acuérdate de tu viejo!

Con las manos temblorosas desenvolvió aquel objeto.

—¡Un dron! —exclamó con los ojos brillantes.

Las revistas y blogs especializados decían que aquellos robots eran una verdadera revolución y que con ellos, la forma de contar las historias ahora adquiriría otra perspectiva. Ella nunca había probado ninguno de estos aviones, pero ahora que lo tenía delante, no podía esperar más. Sin apenas leer las instrucciones, colocó su cámara Go Pro y salió al parque con su nuevo juguete. De pequeña había tenido un coche teledirigido y no le costó mucho hacerlo volar. Después de unas cuantas vueltas en el aire, lo hizo aterrizar y cogió la tarjeta de memoria de la cámara.



Un relato para cada rato

Tras cuatro horas de edición, dio por finalizado aquel primer vídeo y lo grabó en un DVD que tituló: “Gracias por ayudarme a seguir volando”. Recogió las cosas y apagó las luces del estudio mientras le brotaban mil y una ideas sobre los proyectos que podría hacer con su nueva adquisición. Ya en casa de sus padres puso el DVD y contó qué se le había ocurrido hacer para conseguir nuevos trabajos. A partir de ahora sus reportajes de boda también recogerían imágenes desde las alturas, como por ejemplo, la llegada del coche de la novia, el paseo hasta el altar o los brazos agitados de los invitados lanzando el arroz. También retomaría su idea de realizar vídeos corporativos para restaurantes y hoteles, mostrando con imágenes aéreas cada uno de sus rincones.

A la mañana siguiente mandó un email a los organizadores de bodas con los que había trabajado anteriormente contándoles las ventajas de poder grabar con un dron. Desde aquel día no le había faltado trabajo y sus clientes eran su mejor publicidad: todos quedaban más que satisfechos con sus reportajes “de altura” y recomendaban sus servicios.

1 de septiembre. Escuela de Pilotos Drone Flybai, Sondika.

—¡Primer día y llego tarde! Espero que estas tres semanas de clases teóricas pasen rápido —pensó al abrir la puerta del aula y notar cómo 20 pares de ojos se clavaban en ella.

—Perdón por el retraso —dijo mientras tomaba asiento. Sentía cómo aquellos ojos seguían observándola. Comenzó a escuchar algunos murmullos y risas que la incomodaron aún más. Al levantar la cabeza se dio cuenta de que era la única chica de la clase y que ese debía ser el motivo del revuelo.

—Tú debes ser, Arantza. Yo me llamo Alvaro y seré vuestro profesor durante las próximas tres semanas. Me alegra mucho que te hayas animado a participar en esta primera edición del curso y así poder formar a la primera piloto de drones del País Vasco.

—Sí, pues como pilote como conducen, va a ver que poner una señal de peligro cuando haga las prácticas: “Dangerous. Mujer pilotando”. —dijo una voz que fue secundada por un buen número de carcajadas.

—No voy a permitir comentarios machistas en mi clase. Creo que ya somos todos mayorcitos como para comportarnos de una forma respetuosa. Abrid la primera página del cuaderno. Comenzaremos con la actual legislación aérea y cómo nos afecta a los pilotos de drones.

Arantza no se lo podía creer. Sabía que habría pocas mujeres en el curso, pero no pensaba que volver a estudiar sería como retornar a la época de las cavernas.

Dos horas después llegó el ansiado momento del descanso. Le iba a explotar la cabeza con tanta palabra técnica sobre decretos, artículos y puntos interminables. Salió de la clase y fue a comprar una tila; necesitaba calmar los nervios y quitarse la sensación de impotencia que le recorría el cuerpo.

—¡Esto va a ser más duro de lo que pensaba!

Tras el descanso, la teoría continuó y finalizó su primer traumático día de clase.



Un relato para cada rato

Los siguientes días fueron parecidos al primero. Algunos compañeros continuaron mofándose de ella, sobre todo cuando hacía preguntas acerca de los conceptos relacionados con la física como el perfil aerodinámico, la diferencia de presiones o la fuerza de sustentación.

—¡Normal que no entiendas nada si lo único que mides es el punto de sal en la cocina! —dijo Julen.

—El único aparato que vas a conseguir manejar es la lavadora. —escuchó en otra ocasión.

Cada vez que oía este tipo de comentarios pensaba en contestar del mismo modo o lanzar algún tipo de objeto hacia aquella manada de cromañones. Sin embargo, eso hubiera alimentado sus egos y les hubiera animado a seguir con sus chistecitos de macho alfa.

Por fin llegó el viernes y los chicos fueron a tomar unas cervezas. Uno le preguntó si quería ir con ellos. Le contestó que ya tenía plan, que otro día se apuntaría.

—¡Solo me faltaba ir de cañas con ellos! ¡Me va la marcha pero no tanto!

Fueron pasando los días y los comentarios cesaron. Los compañeros se cansaron de ver que sus palabras no surtían efecto en ella y pudo terminar las clases teóricas con relativa tranquilidad. Durante el examen Julen le pidió ayuda. Ella dudó, pero finalmente, movió el brazo hacia un lado y le dejó ver sus respuestas. A la mañana siguiente el profesor les dijo que todos habían aprobado. Además, quiso felicitar a Arantza por haber sacado la mejor nota en el apartado de “Navegación de interpretación de mapas.”

—¡Para que luego digan que las mujeres no sabemos leer un mapa! —contestó con una amplia sonrisa.

Una vez aprobada la parte teórica comenzaron las 18 horas de prácticas que realizaron en grupo utilizando sus propios drones. La mayoría de ellos tenía ya dominados a sus robots, por lo que estas clases fueron un mero trámite.

Finalizó el curso y la Escuela invitó a los medios de comunicación a la entrega de títulos. Los periodistas estuvieron entrevistando a varios de los alumnos. Todos querían hablar con Arantza y querían saber qué significaba para ella ser la primera piloto de drones del País Vasco. Ella respondió que todos eran igual de buenos profesionales y huyó del salón de actos. No quería recibir un trato especial ni ser una marioneta en manos de aquella discriminación positiva que estaba sintiendo.

—Arantza, espera. Me has dejado flipado. Podías haber explotado tu título de “primera mujer piloto de drones” y haber salido en todos los medios, y sin embargo, has pasado de darles carnaza. Y perdona si he sido un poco capullo contigo durante las clases. —le dijo Julen.

—Gracias y suerte con tu servicio de entrega de paquetes con el dron.

Arantza consiguió sacar su título, continuó con la actividad de su empresa, y siguió volando.

¡Que nunca te corten las alas!